

Ecos de los jardines de Babel

Echoes of the gardens of Babel

Carlos Balmaceda¹

Resumen

Jorge Luis Borges solía hospedarse en *Villa Victoria*, la famosa casa de Victoria Ocampo en Mar del Plata. En ese ambiente escribió algunos de sus relatos más famosos. Es el caso de *La biblioteca de Babel* y *El jardín de los senderos que se bifurcan*. Las fuentes de su inspiración son contradictorias y, en general, permanecen veladas. La reconstrucción narrativa de sus pasos por Mar del Plata, junto a su amigo Adolfo Bioy Casares, tal vez solo pueda realizarse mediante un ensamble de arqueología biográfica y crónica ficcional. Este relato es una versión que se alimenta de ambas opciones.

Palabras clave

Borges; biblioteca; inspiración; biografía; crónica.

Abstract

Jorge Luis Borges used to stay at *Villa Victoria*, Victoria Ocampo's famous house in Mar del Plata. In that environment he wrote some of the most famous stories of him. This is the case of *The Library of Babel* and *The Garden of Forking Paths*. The sources of his inspiration are contradictory and generally remain veiled. The narrative reconstruction of his steps through Mar del Plata, together with his friend Adolfo Bioy Casares, may only be carried out through an ensemble of biographical archeology and fictional chronicle. This story is a version that feeds on both options.

Keywords

Borges; library; inspiration; biography; chronicle.

¹ Escritor. Autor de la *Agencia Literaria Carmen Balcells* (Barcelona, España). Sus obras se publican en castellano en Argentina, América Latina, España y Estados Unidos, y se tradujeron al holandés, alemán, rumano, ruso, coreano y japonés. Su novela *La plegaria del vidente* fue finalista del Premio Planeta, ganó el Premio Silverio Cañada en Gijón (España), y llegó al cine con una coproducción argentino-española. Su novela *Manual del caníbal* recibió en Francia el premio *Gourmand World Cookbook Awards* como mejor obra de ficción literaria del año en lengua española. Su última novela es *Contigo a la distancia*, publicada por el Grupo Planeta. Este año Eudem publicó *Mi mamá y Stephen Hawking*. Docente a cargo del *Programa de Escritura Creativa* de la Universidad FaMAF. Columnista de los diarios *La Nación* y *Clarín*. Actualmente es Secretario de Cultura de General Pueyrredon. Mail de contacto: balmacedahoyuelos@gmail.com

Mediodía del 20 de noviembre de 1940.

Jorge Luis Borges y su amigo Adolfo Bioy Casares llegan a la residencia de Victoria Ocampo en Mar del Plata. Una magnífica casa importada de Inglaterra a la que Borges le dice *bungalow* porque está totalmente construida con madera y hierro. ¿Una de sus clásicas ironías?: la casa tiene dos plantas que reflejan el gusto cosmopolita de su dueña y, además, a espaldas está la vivienda del casero, de estilo francés, y al costado están las cocheras con dependencias de servicio, de estilo italiano. El plan de Borges es quedarse tres semanas. Trabaja en un nuevo libro de cuentos. Tiene diversas ideas germinando en su cabeza y varias páginas escritas en un cuaderno: fábulas y relatos con raíces filosóficas, biografías ficticias, crónicas de libros y mundos imaginarios.

Borges almuerza frugalmente con Victoria, luego se cambia y se va caminando a Playa Grande. En la costa el sol se volvió sahariano y el mar está calmo y turquesa. Borges nada un rato mar adentro. Se queda flotando con los brazos abiertos en cruz, el cuerpo abandonado al ritmo del agua y el rostro enfocado hacia el cielo. Cuando sale se sienta en una silla de mimbre para leer al amparo de una sombrilla, luego dormita en una reposera de madera bajo una carpa de lona. A media tarde llegan Bioy Casares y Silvina, la hermana de Victoria. Hablan de ciencia ficción, de la Cábala y de lenguajes imaginarios. De pronto el viento cambia de rumbo y en el cielo diáfano aparecen gruesas nubes de petróleo. Pero el calor persiste. Borges cuenta entusiasmado que su cuento *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, que seis meses antes publicó en la revista *Sur*, es la punta de lanza de una serie de relatos centrados en temas metafísicos, en los atributos del lenguaje y en los enigmas del tiempo. “¿De amor no vas a escribir nada?”, lo agujonea Silvina, y Borges le recuerda que Arthur Schopenhauer creía que vivíamos en el peor de los mundos posibles en donde el amor es un placer ilusorio, efímero y fatalmente trágico. Silvina le

reprocha su pesimismo dramático y, antes de que Borges devuelva una respuesta cáustica, Bioy Casares comienza a contar los detalles de su boda con Silvina, que será en pocas semanas y luego de los festejos por la Navidad y el Año Nuevo. Borges lo escucha con estupor y asombro: no sabía nada del casamiento. ¿Con cuál Silvina va a casarse?, piensa. ¿Con una sola o con todas juntas? Borges suele decir que Silvina Ocampo debe lidiar con Silvina Ocampo como si se tratara de otra persona, como si existieran diferentes Silvinas, pero todas conviviendo en el mismo mundo y en el mismo tiempo. Bioy Casares interrumpe esas divagaciones para preguntarle si acepta ser testigo de la boda junto con Victoria. Borges suspira y acepta, aunque confiesa que siente envidia y desconcierto por las personas que se enamoran al punto de querer compartir el resto su vida con otros. Hace un elogio de la soledad y, citando a Nietzsche, dice que siempre hay algo de locura en el amor, pero que también hay razón en la locura. Silvina le pregunta con picardía: “¿Pensás que Adolfo y yo estamos locos?”, pero Borges no alcanza a responder porque una repentina sudestada sacude la playa con una lluvia despótica.

Regresan a la casa empapados de pies a cabeza.

Al rato pasa la sudestada y vuelve la primavera.

Es la hora del té. Bioy Casares y Silvina siguen recluidos en su cuarto. Borges baja al living donde ya está Victoria. Hablan de cine y celebran o critican las obras de Orson Welles, Alfred Hitchcock y Charles Chaplin. Borges confiesa que admira a Josep von Sternberg porque hace montajes maravillosos para crear mundos nuevos, y que esa técnica lo convierte en un demiurgo todopoderoso que con un número determinado y finito de imágenes podría contar innumerables historias diferentes, aunque en un momento crucial debe elegir cuál prefiere y descartar las demás opciones posibles. ¿Cuántas de las historias descartadas seguirán vivas en su memoria?, se pregunta. Silencio. Victoria cree que un director de cine es como un dios al momento de decidir la

forma que tendrá su universo, y que tal vez por eso el cine pueda convertirse en un arte más completo que la literatura, aunque más imperfecto. Borges afirma que el montaje cinematográfico tiene una simultaneidad que a la literatura le está vedada porque el lenguaje es sucesivo y encadenado, pero la belleza no reside en la técnica del relato sino en su capacidad para emocionar.

Y entonces aparece Laetitia.

Laetitia Hardy: veintinueve años, alta y delgada, pelo negro abundante y agitado sobre la frente y los hombros, los ojos rasgados verde coral, labios rojos delineados por Gustav Klimt. Adicta a la filosofía y las novelas vanguardistas. Habla cuatro idiomas con fluidez, toca el violín, dibuja con trazos bellos y ágiles. Es la única hija del viudo paisajista francés Raymond Hardy, un artista admirado por el trazado hipnótico de los jardines que diseña. Victoria lo contrató para que se ocupe del parque de dos manzanas que tiene su propiedad marplatense en donde conviven hortensias, magnolias, dalias, lavandas, laureles, pinos, plátanos y casuarinas. Raymond y Laetitia viajaron pocos meses antes desde París y viven en la casa hasta que el jardín esté terminado. La obra se prolonga porque el invierno marplatense fue tormentoso y Raymond apenas pudo trabajar sobre el terreno. Para colmo, la guerra va devastando Europa y difícilmente regresen a su hogar parisino. Tal vez se instalen en Buenos Aires con el madrinazgo de Victoria. Laetitia colabora en los diseños de su padre desde que era una chica fascinada con los dibujos que George Barbier había hecho para ilustrar poemas de Paul Verlaine y Charles Baudelaire.

Seguimos en el living: Laetitia acaba de entrar, Victoria la toma de la mano, la presenta y la invita a sentarse para merendar con ellos. Charlan en francés. Laetitia tiene la voz grave, levemente ronca. Victoria cuenta que Laetitia es una apasionada admiradora y lectora de Virginia Woolf, a quien algunos años atrás conoció durante unas vacaciones

en Bloomsbury, y que desde entonces se hicieron amigas y se escriben semanalmente. Laetitia recoge el guante, relata un par de anécdotas compartidas con Virginia Woolf, y de pronto, luego de un repentino y breve silencio, con pesadumbre dice que la visitó antes de viajar a la Argentina y la había visto hundida en una profunda melancolía. Borges comenta que *Orlando* es uno de los libros más perturbadores que leyó en su vida. Los ojos de jade de Laetitia brillan, y le pregunta si leyó *Las olas*. Borges contesta que sí, y agrega que la novela refleja con genialidad la enigmática forma en que nuestra memoria reconstruye la percepción del tiempo. “El tiempo, el tiempo”, repite Laetitia en un murmullo, y se queda callada mientras bebe su té. La charla deriva hacia otros autores y libros. Laetitia habla de Irène Némirovsky, una escritora rusa exiliada en París de la que se hizo muy amiga, Victoria recuerda una charla con Rabindranath Tagore, Borges comenta que está leyendo *Peer Gynt*, de Henrik Ibsen. La tarde vuela. Hasta que Laetitia dice que debe reunirse con su padre para continuar trabajando en los bocetos del jardín. Raymond se instaló en un pequeño cuarto de la planta alta que convirtió en estudio. Laetitia se va, pero su perfume queda en el aire: una mezcla de ámbar y almizcle. También flotan en el living algunas de sus preferencias literarias y filosóficas: Katherine Mansfield, T.S Eliot, Ludwig Wittgenstein, Gottfried Leibniz.

Esa noche Borges cena solo porque Victoria, Silvina y Bioy Casares fueron al cine y después a una cantina del Puerto. Prefiere quedarse escribiendo en su cuarto. Pero la imagen de Laetitia va y viene por su cabeza. Al fin abandona el cuaderno de notas, se acuesta, lee hasta que se duerme y sueña con Laetitia y Virginia Woolf.

A la mañana siguiente reaparece el sol. Borges desayuna y sale al parque de la casa. Laetitia está dibujando sentada en un banco de madera a la sombra de un plátano robusto. A una veintena de metros Raymond toma medidas del suelo y hace anotaciones en una libreta. Borges levanta el brazo y saluda moviendo la mano. Laetitia le hace señas para

que se acerque. Borges va y se sienta en el banco. Laetitia le pregunta si quiere ver los diseños que prepara y Borges acepta encantado. Laetitia le muestra varios bocetos y dibujos mientras explica:

—El jardín será una imagen simbólica del universo.

Borges queda estupefacto.

Laetitia continúa:

—En realidad será la imagen simbólica de una biblioteca.

Borges, tartamudeando, le pregunta:

—¿Una... una biblioteca?

—Sí.

—¿Qué forma tendrá el jardín, es decir, la biblioteca?

Laetitia le muestra otro dibujo: es un **∞** alargado.

—Será un símbolo del infinito y, al mismo tiempo, un símbolo del laberinto.

—Ah, ¿Será un laberinto de símbolos?

Laetitia sonrío, misteriosa.

—¡Exacto! El jardín tendrá símbolos evidentes para ocultar otro laberinto.

—¿Otro laberinto? ¿Cuál?

—El laberinto invisible del tiempo.

Borges observa con detenimiento el dibujo. ¿Un minuto, dos?

Y pregunta:

—¿Cómo imaginás la biblioteca?

Laetitia busca uno de sus bocetos y se lo muestra: es colorido y semejante a un mandala, o bien a dos mandorlas bizantinas unidas por los extremos. Explica:

—Cada flor y cada planta tendrán su propio lenguaje de formas y colores. Un lenguaje que jamás será el mismo porque se transformará con cada hora de cada día. Cada pétalo y cada hoja serán una página, y cada flor y cada árbol serán un libro.

—Entonces... entonces la biblioteca tal vez sea infinita, ¿no?

—Bueno, sí, pero no al principio. Será infinita con el paso del tiempo porque será un único libro que contendrá todos los libros posibles.

Borges, conmovido, vuelve a mirar el boceto.

¿El perfume que llena sus sentidos es de las hortensias o de la piel de Laetitia?

Raymond hace una pregunta en voz alta desde lejos.

Se rompe el hechizo.

Laetitia enrolla los dibujos, y dice que más tarde le gustaría seguir conversando sobre el jardín y el tiempo. Se levanta y se va.

Borges se queda en el banco, observándola.

Cada tanto Laetitia lo mira con curiosidad. ¿Qué estará pensando?, se pregunta Borges. De pronto, bajo la luz del sol, Laetitia le parece evanescente como un espejismo. Pero el pelo negro se agita al compás de la brisa, el vestido verde baila pegado al cuerpo y la falda se mueve como un suspiro.

De los días que cuento hay varias imágenes: Borges está con un short de baño oscuro y una camisa rayada de manga corta en el balneario San Jorge, de Punta Mogotes, rodeado por los médanos. O está de pie, con saco blanco, pantalón y camisa al tono, el pelo negro, tupido y corto peinado hacia atrás, apoyado en una baranda de las escalinatas de la casa de Victoria. También lo vemos una tarde paseando sonriente por la costanera con Victoria, Bioy Casares y Silvina, de traje claro cruzado, camisa blanca y corbata. Pero

esas imágenes mundanas son un disfraz, una máscara: Borges se desplaza por Mar del Plata como un nómada. ¿Tal vez igual que el joven Marco Polo creado por Ítalo Calvino en *Las ciudades invisibles*? Los lugares que recorre son una fuente de signos y más signos que quiere descifrar y narrar. Deambula como un viajero, jamás como un turista. Es el viajero que se asombra, no el turista que se distrae. El turista es dócil pasajero de la fugacidad y se deleita con las luces de las apariencias. Borges se sumerge en espacios (¿y en tiempos?) solo aparentemente conocidos, pero que en realidad para él son opacos y le resultan extraños, y para poder relatarlos les confiere significados nuevos, imprevisibles. El alquimista Borges descubre señales, formas y experiencias que transmuta en una materia distinta: palabras, cuentos, poemas. Para Borges toda la ciudad es una metáfora. O mejor: una metonimia. Dentro de las fronteras del balneario está inmerso todo el vasto mundo. Borges disuelve la ciudad real para construirla como una ficción. Transmuta el objeto en símbolo.

Borges vuelve a la casa luego de dar un paseo por la costa. Descubre a Laetitia recostada en uno de los bancos del parque a la sombra de un pino. Es el atardecer. Hace calor. Se queda quieto, mirándola, mientras Laetitia lee totalmente abstraída. Está sumergida en algún mundo distante, pero ¿en cuál?, se pregunta Borges. Se acerca despacio. Recién cuando está a pocos pasos del banco la saluda. Laetitia se sorprende, pero sonrío y se sienta. Borges le pregunta cuál es el libro que la tiene cautivada. Laetitia se lo muestra: *Teodicea*, de Leibniz.

—¿Leibniz, a esta hora? —bromea Borges.

Laetitia se encoge de hombros y dice:

—Estoy atrapada por la idea de los mundos posibles de Leibniz.

Borges la conoce gracias al *Diccionario de la Filosofía* de Fritz Mauthner.

—Es una idea seductora, ¿no? —dice—. Imaginar que Dios creó este mundo y descartó otros mundos que tal vez existen en algún lugar del tiempo y el espacio.

—Es una idea inspiradora. Me permite imaginar que mi vida es una opción más entre tantas otras.

—¿Como si vivieras infinitas veces en infinitos mundos distintos?

—¡Sí! ¿No es una idea maravillosa?

—Bueno, sí, aunque me parece una idea consoladora para quienes sufren por la brevedad de la vida y la muerte inexorable. Yo, que a veces me siento desdichado, creo que la vida es un largo insomnio y la muerte es un sueño interminable y perfecto. ¿Por qué debería entusiasmarme la idea de multiplicar mis infinitas desdichas en infinitos tiempos y mundos?

Laetitia frunce el ceño, respira hondo, suspira, y se lanza a hablar mientras mueve las manos como mariposas. Borges sigue ese vuelo embrujado mientras la escucha:

—No creo que las ideas de Leibniz sean un consuelo. Tampoco que la existencia de infinitos mundos nos lleve a multiplicar nuestras angustias. Leibniz creía que nunca sabremos por qué Dios creó nuestro mundo, pero supone que existen otros mundos, también imaginados por Dios, donde vivimos otras vidas de infinitos modos distintos. En algunos mundos somos felices y en otros desgraciados. En algunos nos enamoramos y en otros estamos desolados. En Leibniz hay fascinación por lo infinito, no consuelo por lo fugaz.

—Las ideas de Leibniz son asombrosas. Tal vez por eso se enlazan con el género fantástico. La ciencia y la literatura se parecen en que ambas revelan y ocultan algo al mismo tiempo, ¿no? Nos muestran una realidad nueva y distinta que parece surgida de los sueños, nos transportan más allá del mundo cotidiano, pero también nos ayudan a saber que siempre queda un misterio inescrutable. El tiempo mismo es un misterio.

Laetitia sonrío misteriosamente.

—El tiempo... el tiempo... La idea de que hay otros mundos posibles, aunque solo existan durante los sueños, nos permite imaginar otras vidas en otros tiempos. Hasta que convertimos los sueños en realidad y descubrimos que la imaginación es un poder creador. Por eso a veces nos preguntamos: ¿solo soñamos, o eran revelaciones? Porque donde no había nada de pronto hay algo. Leibniz insinúa que si soñamos con una vida diferente es porque hay un mundo en donde esa vida es posible, es real. En otro espacio y en otro tiempo, pero tan real como la vida que vivimos acá y ahora. ¡Una fascinación!

Borges sonrío magnetizado por el rumbo de la charla. Y dice:

—¿Así funcionará el jardín que están diseñando?

—¡Sí, exacto!

—¿Ya terminaste los bocetos?

—Los dibujos y planos generales están listos. Ahora mi padre está terminando los últimos cálculos para definir la medida exacta que tendrá cada parte del jardín, las variedades de flores y plantas que deben sembrarse, las especies que mejor se adaptan al clima de Mar del Plata. Es un trabajo riguroso.

—¿Dónde estará el símbolo del infinito?

Laetitia se levanta, lo toma del brazo con delicadeza y lo guía. Caminan algunos pasos hasta ubicarse frente a las escalinatas de la casa. Laetitia señala una pequeña vara de madera pintada de blanco que está clavada en la tierra. Borges nota que hay más varas distribuidas por el terreno.

—Aquí estará el extremo sur del símbolo. Quedará enmarcado en un rectángulo de ciento veinte metros de largo por sesenta metros de ancho. El símbolo será un sendero de piedra blanca molida. Tendrá dos óvalos de ciento cuarenta y cuatro metros de largo cada

uno y tres metros de ancho. El recorrido total del símbolo serán doscientos noventa metros.

Borges mira el terreno en perspectiva, nota que hay una leve caída de sur a norte, y que a unos cincuenta o sesenta metros hay un enorme pino.

—¿Van a talar el pino para construir el jardín?

—No hace falta. Está justo al costado del lugar donde los óvalos se conectan.

Borges se larga a caminar despacio siguiendo la línea de varas. Laetitia lo acompaña.

—Estuve pensando en tu idea del jardín como imagen del universo y el tiempo...

Laetitia espera que Borges termine lo que quiere decir.

—...Aristóteles creía que el tiempo en realidad no existía, sino que era una relación del movimiento con las cosas. Una idea que Platón aborrecía porque pensaba que el tiempo era una realidad absoluta, igual que Newton y Schopenhauer.

Laetitia se detuvo y preguntó:

—¿Vos qué pensás del tiempo?

—Me atrae la idea de un tiempo absoluto, sí, pero también me incomoda. Es difícil concebir algo que siempre haya existido y que jamás dejará de existir.

—El sacerdote y físico Georges Lamâitre asegura que el universo y el tiempo no existen desde siempre, sino que alguna vez deben haber estado concentrados en un espacio más pequeño que la punta de una aguja. Lo llama *Huevo cósmico*.

—Existe un mito en China: al principio era el caos, y del caos surgió un huevo que en su interior albergaba el Ying y el Yang, las energías que forman todo el universo.

—Muchas veces la religión y la mitología son espejos de la ciencia.

—Pero la idea de Lamâitre es un modo científico de justificar la existencia de un creador, ¿no? Al fin y al cabo es un sacerdote.

—No lo creo. Sus ideas fueron aceptadas por los físicos más importantes del mundo. No pasa lo mismo con otras ideas sobre el universo y el tiempo.

—Sospecho que te referís al tiempo circular.

—Sí.

—Es una idea que me gusta, aunque la considero caprichosa y artificial.

Vuelven a caminar. Laetitia pregunta:

—¿Por qué?

—La posibilidad de que el tiempo sea circular es arcana, pero también es desalentadora porque niega el libre albedrío. Nos hace sospechar que hagamos lo que hagamos nuestras acciones ya están prefijadas en un libro que no podemos reescribir ni borrar. Además, es moralmente deleznable porque nos permite exculparnos por nuestros errores y atrocidades.

—Es mejor la idea de San Agustín: que el tiempo es subjetivo. Nos permite imaginar que somos los verdaderos artífices de nuestra vida. Aunque creo más en el tiempo de Leibniz: es una sucesión infinita. Una flecha lanzada al corazón de la eternidad.

—Ah, y eso nos lleva a creer en la idea de los mundos múltiples, ¿no?

—Exacto.

—¿Y también podríamos creer que luego de un comienzo único e irrepitible la línea del tiempo puede multiplicarse en una serie infinita de tiempos y espacios donde existen infinitos mundos?

—Sí. Los mundos posibles de Leibniz sugieren esa opción.

Borges se detiene. Mira al cielo y luego a Laetitia.

—No lo sé, Laetitia. Creo que soy el único Borges que existe en este mundo y en este tiempo que me toca vivir. Todo lo demás es una ilusión.

Laetitia se acerca a Borges hasta que su respiración le roza la cara, los ojos de coral ya están a punto de hipnotizarlo, y entonces le dice susurrando:

—La ilusión es creer que solo existen el mundo y el tiempo que nos rodean.

Borges no respira.

Laetitia gira y señala el punto donde convergerán los dos óvalos del símbolo.

—Ahí está la bifurcación. Podemos elegir hacia dónde ir: ¿derecha o izquierda?

Borges vuelve a respirar. Sonríe. Duda.

—¿Hay diferencias, Laetitia?

Laetitia también sonríe.

—No.

—¿No?

—El jardín será una imagen del tiempo y el espacio. Como ya te dije, será la imagen de una biblioteca ilimitada. Una vez adentro, solo queda recorrerlo, es decir, leerlo. Ya no habrá marcha atrás.

—Sí, un laberinto de símbolos que deben ser descifrados.

—Podemos elegir el lugar y el momento para entrar al laberinto, pero una vez adentro solo nos quedará avanzar según el rumbo elegido. ¡Será puro azar! Como es la vida.

—¿Azar?

—Sí, azar.

—El azar es el juego secreto de un dios que nos oculta sus reglas y designios, y que misteriosamente organiza nuestra vida y nuestra muerte. Decimos azar cuando deberíamos decir ignorancia de la causalidad. ¿Cuál es tu idea del azar?

—En el jardín el azar no significa ignorancia, sino sabiduría. La sabiduría de comprender que cualquiera sea nuestra elección jamás podremos recorrer el mismo

camino ni desandar nuestros pasos. El azar es una ley inexorable de la vida: en este mundo jamás volveremos a nacer y moriremos una sola vez. Pero nos quedan los mundos posibles, ¿no?

Borges se queda mirándola mientras piensa en Heráclito, en el devenir del tiempo y el espacio. ¿Y si realmente existiera un mundo donde hubiera otro Borges?, se pregunta. Los ojos verdes de Laetitia están anclados en el más allá.

A la noche, en su cuarto, Borges escribe el título de un relato que lo desvela desde hace días: *El jardín de senderos que se bifurcan*. Es una parábola sobre el tiempo. Y también es la historia de un enigma.

A la mañana siguiente Bioy Casares y Silvina regresan imprevistamente a Buenos Aires para resolver asuntos urgentes de su casamiento. Borges los despide en la vereda mientras el automóvil arranca y parte por la calle de tierra. Al rato cae una llovizna lánguida. Borges se queda leyendo en el living de la casa. Victoria se fue a pasar el día a la estancia de unos amigos y volverá para la cena o quizás más tarde. Nunca se sabe. De pronto, Borges escucha un violín. ¿Es Laetitia?, se pregunta. Sí, es Laetitia. Jamás la había escuchado tocar. Apoya las manos con el libro abierto sobre sus piernas y cierra los ojos. La dulce *Meditación* de *Thäïs* lo embriaga. Un sopor brujo que lo hace soñar despierto: puede ver la mano izquierda de Laetitia sosteniendo el violín contra la cavidad del cuello y el hombro mientras la otra mano mueve el arco con delicadeza para frotar las cuerdas, tiene los ojos cerrados, el entrecejo arrugado por la concentración, los labios húmedos, el pelo recogido en la nuca con una cinta blanca, mueve el cuerpo al ritmo sensual de la melodía. Así hasta que Laetitia deja de tocar. Borges respira hondo. Espera por otra melodía. En vano. Abre los ojos. ¿Cuánto tiempo duró el hechizo?, se pregunta. Mira su reloj. Se sorprende. Piensa en San Agustín y en Heráclito: imagina que el tiempo es un

río que lo arrastra, pero él mismo es el río, y que el tiempo es un tigre que lo devora, pero que él mismo es el tigre.

Lo sobresalta el ruido de unos pasos que bajan por la escalera.

El libro se le cae al piso.

Se agacha para recogerlo justo cuando Laetitia entra al living.

Así durante diez días:

Laetitia dibuja sentada en un banco del parque.

El perfume con ráfagas de ámbar y almizcle de Laetitia.

Las charlas sobre el tiempo y el infinito con Laetitia.

Laetitia se recuesta en uno de los bancos del parque y lee *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust o *Jezabel* de su amiga Irène Némirovsky.

Laetitia camina descalza por la orilla de la playa.

El sonido etéreo del violín de Laetitia llena el aire de la casa al atardecer.

La voz rasgada de Laetitia envuelta por la penumbra azul del crepúsculo.

Laetitia, Laetitia, Laetitia.

Es viernes a la mañana.

Laetitia se entera por telégrafo que Virginia Woolf intentó suicidarse. La escritora Vita Sackville-West, amiga íntima de Virginia Woolf y también de Laetitia, le cuenta que intentó envenenarse luego de varias semanas de depresión y tristeza. Piensan llevarla a Nueva York en tres o cuatro días para alejarla del tumor de la guerra.

El sábado a la tarde decenas de golondrinas vuelan en bandadas rumbo al oeste. Laetitia las mira irse por el cielo cubierto de nubes grises y le dice a Borges que Virginia

Woolf escribió una escena idéntica para su última novela, *Entre actos*, que aún no fue publicada. Virginia Woolf le narró la escena en una larga carta que le envió cinco meses atrás a París.

—La novela trata de cómo el arte transforma la vida, de la ambigüedad sexual, pero más que otra cosa habla del modo en que el tiempo y la vida fluyen llevándonos de la juventud a la vejez, de la vida a la muerte, del recuerdo al olvido.

Borges la escucha y la observa en silencio. Le tiemblan el pulso y los labios.

Laetitia lagrimea.

El lunes Victoria le pide a Borges que almuerce con ella y otros escritores en una confitería de la *Playa de los Ingleses*. Borges acepta, aunque la idea no lo entusiasma. Antes de irse deambula calladamente por el parque, se queda fumando apoyado en una baranda de la galería exterior de la casa. Durante el almuerzo apenas come y habla muy poco. Mira el mar que rompe contra las rocas. La sobremesa se prolonga con la llegada del servicio de té y café. Borges fuma, callado.

Recién a media tarde Borges y Victoria regresan a la casa. Raymond y Laetitia no están. Borges le pregunta a una de las empleadas de Victoria si sabe dónde fueron. La mujer le contesta que a la estación de trenes porque Laetitia debía viajar. ¿Viajar adónde?, pregunta Borges consternado. Victoria le explica que Laetitia se va a Nueva York para encontrarse con Virginia Woolf y Vita Sackville-West. Borges la escucha desconcertado, y de pronto siente que algo se desgarró en su corazón. Cierra los ojos y ve mil imágenes de modo simultáneo, como en una película, y en todas está Laetitia. Trata de decir algo, pero tartamudea. Borges, que jamás aprendió a manejar, le pide a Victoria que lo lleve a la estación. Victoria sonríe y va en busca del automóvil. En pocos minutos están en camino. Borges le pide que acelere y Victoria aprieta el pedal. Cuando cruzan una gruesa

zanja de la calle una rueda se queda atascada. Victoria acelera y acelera, pero el motor ruge en falso y no avanza. Borges baja y trata de empujar el auto, pero no hay caso, y de golpe siente la boca reseca, le palpitan las sienas, los ojos se le llenaron de lágrimas por la impotencia y la desazón. Victoria mira su reloj y le advierte que debe seguir a pie si quiere llegar a tiempo. Borges también mira su reloj, resopla y se lanza a correr. No son más de seis o siete cuadras y va cuesta abajo, aunque siente las piernas como piedras, la sangre explota en sus venas y los pulmones parecen reventar; pero no desfallece porque de pronto puede ver el enorme edificio de la estación y dobla por una esquina, va trotando porque le falta el aire, hasta que al fin ve los andenes y las dos altas torres de la estación, y en una torre distingue las malditas agujas del reloj moviéndose como cuchillas. Cuando al fin entra a la estación tropieza con un hombre, trastabilla, pide disculpas, sigue, busca el andén con desesperación, y entonces descubre que el tren se aleja rugiendo, pitando y lanzando bocanadas de humo negro que se dispersan en el aire como una bandada de golondrinas que escapan de una calamidad. Borges frena, camina arrastrando los pies con la mirada todavía perdida en la nube de golondrinas, hasta que distingue la figura de Raymond entre la gente que abandona el andén. Borges se acerca. Raymond se sorprende al verlo, pero enseguida sonrío como si hubiera resuelto un enigma, y estira la mano para darle un libro.

—Es para usted. Laetitia me pidió que se lo diera.

Borges lo mira: es *Teodicea*, de Leibniz. Lo abre. Tiene una breve dedicatoria:

«Querido Jorge Luis: en otro mundo y en otro tiempo. Laetitia».

Borges escribe febrilmente los pocos días que le faltan para regresar a Buenos Aires.

Termina *El jardín de senderos que se bifurcan* y comienza otro cuento más *La biblioteca de Babel*.

Mientras escribe piensa:

Laetitia, Laetitia, Laetitia. En otro mundo y en otro tiempo.

¿Por qué no?, se pregunta.

No es un consuelo, se dice.

Es fascinación.

Mar del Plata. Primavera 2021.